

Poder étnico y subversión social: los Batallones de Pardos

Dra. María del Carmen Barcia

Profesora e investigadora. Facultad de Historia. Universidad de la Habana.

Desde el siglo XVI, los negros y mulatos libres, denominados por esta condición pardos y morenos, formaron parte de las fuerzas destinadas a la defensa de los territorios de la corona española. Esta participación fue más destacada y trascendente en las islas antillanas (Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico), por la escasez de vecinos procedentes de la metrópoli y la exigua población aborígen. En estos territorios, la pertenencia a las milicias implicaba para los negros y mulatos una forma de movilidad social y el acceso a pequeños, pero importantes privilegios.

Desde el primer momento, estas fuerzas participaron en la defensa de las villas acosadas por los ataques de corsarios y piratas, y fue tal su éxito que al iniciarse el siglo XVII, el Gobernador de La Habana organizó una compañía de milicias de pardos libres, integrada por cien individuos a la cual otorgó el disfrute de ciertas prerrogativas como el derecho a portar armas y sepultar a sus jefes en la Parroquial Mayor y en la iglesia del Espíritu Santo, privilegios que se negaban al resto de la población negra y mulata. Al iniciarse el siglo XVIII, La Habana contaba con cuatro compañías de pardos y cuatro de morenos.

Debe destacarse que los Batallones de Pardos y Morenos Libres defendieron valerosamente la villa habanera frente a las tropas inglesas en 1762; en esas acciones murieron noventa y seis de sus integrantes, de esta forma demostraron no sólo su valor, sino su pericia en el combate. Esa destacada participación fue ensalzada en el Sermón de las Banderas, pronunciado por D. Rafael del Castillo en la iglesia del Espíritu Santo, el 30 de julio de 1763, e indudablemente fue tenida en cuenta cuando el mariscal de campo D. Alejandro O'Reilly fue comisionado por la corona española para reorganizar la defensa de la Isla, de tal forma que la organi-

zación de las Milicias Disciplinadas, formulada en 1764, incluía la formación de un batallón de pardos y otro de morenos, con ochocientos hombres cada uno para La Habana, y un batallón de pardos para Santiago de Cuba y Bayamo con igual número de integrantes. Los pardos y morenos constituían el 32 por ciento de los miembros de esa institución. También resulta interesante destacar que en 1765 fue establecida una compañía de artillería integrada por cien negros esclavos.

Esos batallones fueron dotados, al igual que los de las tropas blancas, de uniformes, y sus oficiales, sargentos y cabos podían portar el sable o la espada de ordenanza. Ambos batallones tenían sus banderas con la Cruz de Borgoña y, encima, su nombre y un lema, que en el caso de los pardos era "Siempre adelante es gloria", y en el de los morenos, iniciando una constante que se mantendría a lo largo de nuestra historia, "Vencer o morir".

Formar parte de la oficialidad de un batallón e inclusive integrarlo como soldados constituía para los negros y los pardos una forma de movilidad y de prestigio social. Los comandantes eran nombrados por el capitán general de la Isla, a propuesta del inspector entre los capitanes más útiles del cuerpo en que se hubiese producido la vacante. Los subalternos constituían la verdadera clientela de estos jefes con los cuales se relacionaban, a través de sus empleos (un ejemplo notorio es el de los trabajadores del puerto), y también de la pertenencia a los cabildos de nación y a otras formas asociativas aparecidas más tarde. Inicialmente formar parte de los batallones no implicaba contribución alguna, pero esta circunstancia varió en la misma medida en que se incrementó su importancia y aumentaron las necesidades de la corona española, razón por la cual después de 1818 tuvo que ser adquirida a través de "donativos" que se

s y Morenos en Cuba

elevaban a mil pesos en el caso de los oficiales, alto grado que sólo podían obtener los de cierta solvencia económica.

Todos los milicianos tenían deberes que cumplir, pero también detentaban ciertos privilegios, como por ejemplo el disfrute del fuero militar. Por éste quedaban eximidos del pago de impuestos por desempeñar oficios o funciones, eran juzgados por leyes militares y disponían para ello de cierto asesoramiento legal. Sus prerrogativas fueron similares a las de los oficiales de la tropa veterana y sus goces eran vitalicios cuando se retiraban después de veinte años de servicio o si habían sufrido heridas en combate que los hubieran inutilizado. En estos casos cobraban también el sueldo como inválidos.

Los Batallones de Pardos y Morenos participaron en diversas campañas fuera de Cuba: en 1777, en Nueva Orleans; en 1781, en Pensacola y en 1782, en la isla Providencia, entre otras. En 1802, se ordenaba por Real Orden conceder aumento de sueldo a las milicias de color de la expedición enviada para reconquistar el fuerte de Apalaches; en 1820, Blas Crespo era comandante de estas tropas en San Agustín de la Florida. Los negros y mulatos también habían participado en la defensa de Puerto Rico y de la parte española de Santo Domingo. Estos ejemplos, entre muchos otros, muestran la utilización que se daba a estas fuerzas fuera de la Isla y sus destacados resultados, y también permiten explicar la relación que se estableció entre los Batallones de Pardos y Morenos de Cuba y la revolución haitiana, que no sólo se produjo por la influencia de las revueltas de los esclavos, como tradicionalmente se ha expuesto, sino por el imaginario que se fue construyendo en esos cuerpos armados a partir del reconocimiento que la corona española dio a los principales caudillos haitianos que habían encabezado la revuelta esclava,

a los cuales armaron y convirtieron en brigadieres del ejército español como miembros de sus tropas auxiliares negras en Santo Domingo.

La vinculación de los encartados en el movimiento presidido por José Antonio Aponte con los batallones de negros libres resulta evidente. Este era cabo del Batallón de Morenos Leales y entre sus miembros estaban Clemente Chacón, soldado; Salvador Ternero que pertenecía a la 5ª Compañía; Juan Barbier, moreno congo procedente de Charleston adonde había llegado como parte de la diáspora que se produjo a partir de 1796 cuando las “tropas negras auxiliares”, que eran parte de las fuerzas españolas, abandonaron Haití; José del Carmen Peñalver y Xavier Pacheco, soldados respectivamente de la 4ª y la 3ª Compañía del Batallón. Todos fueron condenados a muerte.

Esta relación se evidencia, así mismo, en los objetos y documentos embargados a Aponte, en los cuales se manifiesta todo un imaginario vinculado con los Batallones de Morenos Leales y también la intención de reconstruir un pasado prestigioso para los hombres de su raza. El más importante de estos objetos era un libro que éste había confeccionado, donde en cada una de sus más de 70 páginas se reproducía una escena. Las más interesantes eran las que recordaban la historia de las hazañas realizadas por los Batallones de Morenos. En una de estas aparece Juan José Ovando, primer capitán del Batallón de Morenos en 1701; también dibujó a su abuelo, el capitán Joaquín Aponte, que era jefe del torreón de Marianao, con la bandera de la Cruz de Borgoña dirigiendo a 600 hombres contra los ingleses, y a otros oficiales morenos como el teniente Hermenegildo de la Luz, el subteniente José Antonio Escobar y el capitán Nicolás Aponte, su tío, este último a caballo conduciendo unos prisioneros.

La importancia que tenía para los pardos y los morenos pertenecer a los Batallones también se manifiesta en los documentos que conservaban copiados por oficiales de estas fuerzas; entre ellos se destacan la Real Cédula expedida en el sitio de San Idelfonso por D. Carlos Rey de Castilla y León, sobre la extensión a los Batallones de Morenos del fuero militar.

Para analizar la vinculación de la llamada Conspiración de Aponte con la campaña en Haití, hay que retroceder hasta 1793, cuando tras la ejecución de Luis XVI y el rompimiento de relaciones entre Francia y España, D. Joaquín García, gobernador de la parte española de Santo Domingo, trató de ganarse a los jefes de los esclavos sublevados y a todos los habitantes de Saint Domingue que se manifestasen como enemigos de la República. En esa dirección, entregó a los caudillos negros armas y pertrechos de guerra, les otorgó tierras, les ofreció prerrogativas y excepciones (como convertirlos en súbditos españoles), y concederles el grado militar de brigadieres generales de los Reales Ejércitos de España

Estas proposiciones fueron aceptadas al inicio por Jean François, Biassou y Jannot y, posteriormente, por Toussaint Louverture que disponía de un pequeño ejército de seiscientos hombres. Los cuatro generales habían sido esclavos. Estas fuerzas que formaban parte del ejército español en la isla fueron denominadas “Tropas Negras Auxiliares”. Ese propio año fueron enviadas las primeras tropas desde La Habana, entre las cuales estaban miembros de los Batallones. El 3 de marzo, con más de mil hombres llegados desde La Habana y Nueva España, el marqués de Casa Calvo marchó sobre Riviere du Mole, donde se estableció.

La vinculación entre el proceso haitiano y los Batallones de Morenos quedaba establecida, razón por la cual todos los avatares de esa lucha fueron trasladados a Cuba en forma más o menos precisa y seguramente mitificados por los integrantes de los Batallones que habían estado en Saint Domingue. Así comenzó a tejerse un imaginario que más tarde, de boca en boca, influiría en las conductas subversivas adoptadas por algunos integrantes del Batallón de Morenos Libres de La Habana y, posiblemente, en otros lugares a los cuales fueron llevados los integrantes de las Tropas Negras Auxiliares como Yu-

catán y Guatemala, cuestión poco conocida hasta el momento.

En 1812, momento del estallido de la sublevación, llegaba al puerto habanero en tránsito hacia Santo Domingo el general Gil Narciso, que había formado parte de las “tropas auxiliares negras” y había estado en La Habana en 1796. Algunos de los militares que lo acompañaron durante su segunda estancia, también habían participado en la campaña haitiana, y aunque las autoridades españolas nunca pudieron probar la relación entre estos militares y los complotados, los hicieron abandonar la isla de Cuba.

Pero a favor de la vinculación existen elementos evidentes: en la documentación ocupada a Clemente Chacón había algunos relacionados con Henri Christophe: un impreso titulado *Fidelísimos Dominios*, donde se hacía saber, con complacencia, que el presidente de Haití Enrique Cristoval (sic) había contestado el parte que se le dio de la muerte de “nuestro amado general Sr. Juan Sánchez Ramírez” (sic). Una trascripción de la Orden General del Ejército del domingo 3 de marzo de 1811, en Cabo Henrique, firmada por el teniente general jefe del Estado Mayor, general. P. Romain y por Henrique Cristóbal (Henri Christophe), así como otros dos pliegos, el primero denominado *Generosos Dominicanos*, rubricado también por José Núñez de Cáceres, en Santo Domingo el 1º de abril de 1811, y otro titulado *Fidelísimos Dominicanos y Amados Patriotas*, suscrito por la misma persona el 7 de febrero de 1811.

Desde la fallida conspiración de 1812, y a pesar de que los principales jefes de los Batallones de Pardos y Morenos que no participaron en ésta declararon su lealtad a España, se generalizó el temor a la participación de los negros y mulatos en las Milicias Disciplinadas y a las actividades que se desarrollaban en los cabildos de nación y en otras agrupaciones que se habían constituido en la ciudad y que fueron denominadas por las autoridades gremios o partidos. Estas tenían nombres muy particulares como la Sociedad de Belén, también conocida como La Flor de Portugal; Los Habitantes de la Luna; Los Franceses, Los Moros, Los Ingleses, El Cordón Celestial y Los Comerciantes. A ellas se añadían las denominadas academias de baile, como la de Rusia, la de Irlanda, la de Ismalia, la de Dolores o Hijas del

Sol, en las cuales se reunían los criollos que no podían pertenecer a los cabildos de nación. Bajo esa apariencia anodina y con el pretexto de realizar fiestas, se encubrían actividades conspirativas o transgresoras. Los integrantes de esas sociedades ocultaban sus verdaderos nombres bajo la utilización de seudónimos como los de Almer Serlin Sultán Emperador de Arcapadosia o Príncipe de Transilvania, Señor de la Aguas Muertas o Siervo Señor de la Meca, Señor de la Meca de Jerusalén, Señor de las Tres Ciudades y de Los Soberanos o Ibrahim Bajad.

Una muestra de la continuidad de los intentos conspirativos y de su relación con las milicias de negros es el movimiento de 1839 encabezado por el subteniente de bomberos Pilar Borrego y por el capitán del Batallón de Morenos, León Monzón. Todos los encausados en este proceso eran miembros de las academias de baile y pertenecían a los batallones “de color”. Utilizaban un lenguaje cabalístico para identificarse, por ejemplo, Celín 4º, D. Ochalis de Belibeir, Altisidora Rublin, el Gran Señor, el Gran Visir, Cuendica, El Rey, Rofredo y Sondini, Jorge Antonio 7º, Alejandro 3º, Rodofredo, el Archiduque José Betoni, la Archiduquesa de Franconia, el Gran Selim, el Cardenal, el Papa, Benedicto y otras denominaciones de similar corte.

En poder de Monzón fueron encontrados numerosos papeles, entre ellos una proclama titulada Liberalismo Constitucional del Batallón de Pardos de La Habana del 13 de abril de 1825, una copia de la Constitución Española de 1812, un folleto titulado Libertad y Tiranía y una lista de miembros de la Sociedad de Comercio fechada el 25 de febrero de 1832, con los nombres de 110 asociados que se denominaban hermanos. Tanto Borrego como Monzón fueron desterrados.

Puede apreciarse que los Batallones de Pardos y Morenos Leales se habían convertido en una institución muy peligrosa para el poder político, sobre todo en una sociedad marcada por diferencias sociales que tenían por base el color de la piel. Por esa causa, tras la denominada Conspiración de La Escalera, en la que participaron negros y mulatos libres y esclavos, fueron desactivados.

Cuando a partir de la segunda mitad del siglo XIX la situación de insubordinación política motivó la reorganización del ejército español en la Isla, se procedió nuevamente a la formación de milicias

negras como un “elemento de fuerza y para atraerlas al lado español”. Su restablecimiento fue aprobado por Real Orden del 30 de septiembre de 1858. Esta disposición fue acompañada de un reglamento concebido, a diferencia del de 1769, solamente para los milicianos negros y mulatos. Las diferencias con las Milicias de Voluntarios Blancos eran notables; el salario, por ejemplo, era de 34 pesos para los blancos, 10 para los pardos y 8 para los negros.

Por esta y otras razones, las nuevas milicias fueron rechazadas por los negros y mulatos que no se sentían prestigiados por pertenecer a este cuerpo, por lo que el reclutamiento fue forzoso y se hizo a través de sorteos públicos. A pesar de todas las medidas tomadas, las deserciones a dicho cuerpo fueron masivas. Este quedó desactivado tras el estallido de la primera guerra de independencia, en 1868.

Los elementos destinados a reforzar el prestigio de la raza negra vinculados al quehacer de los Batallones de Pardos y Morenos Leales a través de diferentes momentos muestran no sólo la utilidad que tuvieron sus conocimientos militares en todos los movimientos sediciosos en que participaron, también se relacionan con sus aspiraciones de prestigio y movilidad social y recrean todo un imaginario en el cual están presentes las tradiciones y acciones de sus antepasados, que debieron formar parte de una historia oral transmitida de generación en generación.

Fuentes documentales y bibliografía.

- Deschamps Chapeaux, Pedro, Los Batallones de Pardos y Morenos Libres, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976
- Franco, José Luciano. Ensayos históricos. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974
- _____. Las conspiraciones de 1810 y 1817, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977
- Klein, Herbert S. “The colored militia of Cuba 1518 – 1868”, Caribbean Studies, Vol. 6, no. 2, Puerto Rico, 1966
- Torres Ramírez Bibiano. “Alejandro O’Reilly en Cuba”. Anuario de Estudios Americanos, Vol. XXIV, Sevilla, 1967.
- Documentos de los Fondos Comisión Militar y Asuntos Políticos del Archivo Nacional de Cuba.